

DES(A)TINO

Como todas las noches, justo antes de acostarse, cogió un yogurt de la nevera y una cucharilla, no de postre, más pequeña, de café; se apoyó contra la encimera, al lado de la ventana, y corrió la cortina, todo ello con la cocina a oscuras. Era su momento favorito del día, siempre ya de noche, con la calle, tres pisos más abajo, prácticamente desierta, en silencio y alumbrada con las tibias luces anaranjadas de las farolas. Observaba los edificios de alrededor y las ventanas con algo de luz en su interior, casi siempre eran las mismas, indicando que todos seguían sus rutinas. Si había algo de brisa, el suave vaivén de los árboles y el susurro de sus hojas acompañaban el cuadro.

Se deleitaba comiendo poco a poco el yogurt, con pausa, degustándolo, sintiendo el dulce sabor de azúcar de caña con el que, teóricamente, estaba elaborado. Sus gestos, sus pensamientos, su cabeza, todo iba mucho más pausado. No había para él mejor forma de relajarse antes de irse a dormir.

Estaba ya acabando cuando observó que al fondo de la calle se iba aproximando alguien. Iba solo, no llevaba perro (que era lo habitual en la gente que paseaba a esas horas), caminaba lento, con las manos en los bolsillos de la sudadera, una sudadera negra con capucha. Llevaba la capucha puesta y esta era abundante, pero no le ocultaba el rostro porque, curiosamente, caminaba con la cabeza levantada, observando. Lo más llamativo de su vestimenta era su pantalón rojo intenso, que hacía contraste con el negro de la sudadera y de sus, parecían, zapatillas deportivas.

El hombre se paró en seco cuando vio algo, algo que, por su actitud, podría pensarse que estaba buscando. Lo que vio fue a él, lo distinguió a través de la ventana con la cortina corrida, agarrado a su cucharilla y su yogurt.

No le gustó aquella sensación de verse observado. Sabía que, en cierto modo, era lo mismo que él hacía, observar, pero no era lógico que alguien se parase en medio de la calle al ver a alguien que estaba en su casa sin hacer nada especial. Le dio mala espina y corrió la cortina. Podía seguir mirando a aquel tipo a través de la tela, pero prefirió no hacerlo, era su momento de relajación. Se acabó, con la pausa habitual, su “manjar” y... al girarse para abrir la puerta bajo el fregadero,... cuando iba a tirar el envase y dejar la cucharilla,... sintió,... notó un fuerte pinchazo, algo tan intenso que pensó en lo que debía sentirse cuando un cuchillo atraviesa el corazón. Dejó caerlo todo al suelo e intentó echar la mano derecha para asirse a algo mientras llevaba la izquierda al pecho. No logró alcanzar nada, como si un rayo lo atravesase, se sintió caer hacia atrás, perdiendo el sentido, perdiendo... la vida.

Todo el cuerpo reaccionó con un fuerte espasmo que le despertó. Miró el reloj a su izquierda, marcaba las 02:13; apartó un poco la ropa de la cama, estaba sofocado; posó las manos en las sienes, notando la humedad del sudor y el intenso palpitar de las venas; giró a continuación la cabeza a la derecha y vislumbró en la penumbra la silueta de su mujer, no se había despertado, mejor.

Otra vez, una vez más, de nuevo el mismo mal sueño. Ya no sabía desde cuándo le venía pasando, desde cuándo le torturaba y le angustiaba: dos, tres, quizás cuatro meses.

Se levantó a orinar, y a beber un poco de agua mineral de la botella que siempre tenía en el baño. Sabía que tenía que despejar un poco la cabeza para poder volver a coger el sueño. Un par de minutos apoyado sobre el lavabo y vuelta a la cama. Tenía la confianza de que, como sucedía siempre, la pesadilla ya no volvería hasta la noche siguiente, después de acostarse tras su rutina, esa que ahora vivía tan intensamente en sus sueños.

La forma de saber que no estaba soñando cuando iba a comerse el yogurt “nocturno” era abrir el grifo del fregadero y sentir el frescor del agua en su mano. En los sueños las sensaciones del tacto no son igual, además, en el sueño nunca lo hacía y ahora en la realidad era una acción recurrente.

Tras secarse la mano, abrió el yogurt, se apoyó sobre la encimera y corrió la cortina de la ventana. No iba a permitir que ese mal sueño le hiciese modificar sus costumbres, aquel era “su momento” y nada ni nadie le iban a hacer cambiarlo. Es cierto que ahora sentía cierta inseguridad y un punto de angustia, unido a su incertidumbre de por qué estaba pasando aquello. No conseguía descifrar cuál era el motivo de esa pesadilla recurrente, pero tampoco quería alimentar su posible preocupación, así que intentaba no pensar demasiado en ello, aunque, en cierta forma, en el fondo de su cabeza, tenía la sensación de que quizás, tal vez, de alguna manera, algo podría llegar a suceder en algún momento, algo de lo que estaba siendo advertido.

Trató de no pensarlo más. Era día de brisa nocturna y los árboles daban su concierto particular, las nubes también se movían con bastante celeridad y descubrían y ocultaban la luna a medio llenar, las sombras en las ventanas iluminadas iban y venían y algunas se quedaban, algún ladrido en la lejanía y el motor de algún coche pasando por las calles cercanas y... alguien que se acercaba por la calle. Dejó de comer, se irguió y se tensó, sintió que el corazón le empezaba a latir con fuerza, abrió todo lo que pudo los ojos para fijarse bien y no equivocarse, una corriente eléctrica parecía recorrer por dentro todo el cuerpo, el corazón se aceleraba más aun, empezó a notar un fuerte calor que le subía por el cuello al mismo tiempo que parecía sudar frío, respiraba con cada vez más agitación, el corazón más y más acelerado, los latidos sonaban en su cabeza como martillazos y... lo último que notó fue el colapso final. Solo alcanzó a pensar: ¿el presagio de mi destino es el que me mata o muero porque el miedo a que sea así?

En la calle, mirando hacia su ventana, aquel que se había colado en sus sueños.

Salió a buscar, como cada día. Era ya una auténtica obsesión que nadie alcanzaba a entender, ni siquiera él. Con el paso cansado, encogido por el fresco, buscaba por una, por otra, por la siguiente y no encontraba. No paraba de pensar que era una locura, pero no podía dejarlo estar, tenía que acabar con ese sinvivir.

Giró una esquina y, sin parar de caminar, tuvo esa sensación en el estomago y el hormigueo en el cuerpo del que siente que encuentra lo que buscaba. Podría ser, sí, todo coincidía: no pasaban coches porque era una calle semi-peatonal, había árboles mecidos por el viento, las aceras anchas y el cielo bien visible, los edificios de solo cuatro o cinco plantas... era esta, esta era la calle que había estado dibujando compulsivamente los últimos meses, guiado por una imagen en su cabeza que no sabía de dónde venía, era

la calle que buscaba con desesperación todas las noches. Se paró, excitado, con la boca seca. Sabía hacia dónde tenía que mirar: el edificio de la derecha, tercera planta, una ventana de dos hojas con las cortinas corridas y... aquél hombre, el hombre del rostro angustiado, pálido, desencajado. ¡No podía ser!, ¡estaba allí!, ¡allí donde debía estar! ¡¡Le estaba mirando a él!!, ¡¡ese mismo rostro!!

Se había quedado bloqueado en mitad de la acera, no podía dejar de mirar a aquel tipo en la ventana, aquel que también le miraba a él, que le atravesaba con una mirada que parecía gritar algo desesperadamente. Sacó las manos de los bolsillos de la sudadera, no sabía cómo reaccionar, no tenía idea de lo que tocaba hacer ahora, y entonces,... entonces observó como aquel tipo dejaba caer lo que tenía en sus manos, algo que no era capaz de distinguir qué era, echaba las manos sobre la ventana y luego, en unos pocos segundos, caía desplomado, desapareciendo de su vista.

En ese momento lo tuvo claro: había sido escogido para una especie de misión divina. Aquel hombre se iba a morir en su casa aquel día a aquella hora y él estaba destinado a estar allí para salvarlo, era, sin duda, su salvador. Sí, así debía ser, ¿qué si no? y así lo pensaba mientras corría hacía el portal.